

MONTREAL 1963 SANTIAGO DE COMPOSTELA 1993

PREFACIO

Oré a Dios suspirando: «Dios mío, tengo que informar en 25 minutos sobre 30 años de labor de Fe y Constitución, desde Montreal 1963 hasta Santiago de Compostela 1993. ¡No creo que pueda!». Y Dios respondió: «En mi historia con vosotros los seres humanos, 30 años no son más que un segundo en el reloj del universo. Dispones de 1500 segundos. Por lo demás, ya has escrito sobre estos 30 años¹ —lamentablemente sólo en inglés—, así es que concéntrate en lo esencial». «¿Pero qué es lo esencial?», pregunté. Y Dios dijo: «Expón tu pensamiento y los otros te ayudarán y te corregirán».

En definitiva, era una manera de recordarme el refrán: «Ayúdate y Dios te ayudará». Yo quisiera considerar el trabajo de Fe y Constitución desde esta perspectiva de la voluntad de Dios y el estímulo de la gracia, al que responden nuestros propios esfuerzos teológicos. En los últimos 30 años hemos podido servir a la historia de Dios, a su Iglesia y su mundo. Damos las gracias y alabamos a Dios porque, con la fuerza del Espíritu Santo, hemos podido contribuir a la comunión cada vez mayor entre las iglesias. Rogamos a Jesucristo, nuestro

¹ Paul A. Crow y Günther Gassmann, *Lausanne 1927 to Santiago de Compostela 1993*, (Faith and Order Paper, n. 160), (Ginebra 1993), 15-31. Günther Gassmann (ed.), *Documentary History of Faith and Order 1963-1993* (Faith and Order Paper, n. 159) (Ginebra 1993).

Señor crucificado y resucitado por nosotros, que nos dé nuevas fuerzas para continuar y que nos perdone cuando nuestro trabajo no haya sido suficiente y no hayamos puesto bastante ánimo y efectividad para cumplir la voluntad de Dios.

Quisiera evocar brevemente algunos aspectos esenciales de la labor de Fe y Constitución desde tres puntos de vista: «diferencia», «continuidad» y «nuevas orientaciones». Huelga decir que este trabajo se ha realizado siempre en el marco del Consejo Mundial de Iglesias y del Movimiento ecuménico en general.

MONTREAL-SANTIAGO DE COMPOSTELA: DIFERENCIAS

El camino que hemos recorrido en los últimos 30 años se pone de manifiesto si miramos las diferencias que separan el momento de hoy y la celebración de Montreal en 1963. La Conferencia de Montreal tuvo lugar en una época en que se hallaban todavía en fase del desarrollo el pensamiento y la práctica ecuménicos en las iglesias. Las familias confesionales mundiales y la Iglesia Católica empezaban apenas a entrar en la escena ecuménica. En muchos lugares se constituían por entonces consejos nacionales y regionales de iglesias. En la propia Conferencia, entre los 310 delegados, observadores y delegados juveniles, era todavía relativamente escaso el número de representantes de las Iglesias ortodoxas y de participantes de los países del llamado Tercer Mundo. Desde Montreal ha aumentado mucho en la Comisión y en nuestro trabajo la representación de las Iglesias de Africa, Asia, América Latina, el Caribe y la zona del Pacífico. Junto a Paul Minner, Oliver Tomkins y John Deschner, presidieron la Comisión Fe y Constitución durante este tiempo dos notables teólogos ortodoxos, John Meyendorff y Nikos Nissiotis. Si no hubieran abandonado prematuramente este mundo, estarían hoy entre nosotros. Hacia ellos, así como hacia Oliver Tomkins, que falleció el año pasado, se dirige nuestro pensamiento agradecido ante Dios.

La participación oficial y la corresponsabilidad de la Iglesia Católica Romana en Fe y Constitución, se hizo oficial en 1968 con cinco observadores. Ahora participa oficialmente en esta Conferencia mundial y por primera vez en una reu-

nión ecuménica internacional. Esta es para mí una de las diferencias más importantes entre Montreal y Santiago de Compostela. La colaboración de teólogos católicos ha ampliado y enriquecido inmensamente nuestra labor. Confiamos que se produzca una ampliación similar con el aumento de la participación de teólogos procedentes de iglesias y movimientos evangélicos conservadores y pentecostales. En Montreal —me apena decirlo— no había más que tres mujeres entre los participantes oficiales, y me gustaría haberme equivocado en el número, aunque no creo que eso cambiara las cosas; exactamente el uno por ciento. Aquí está igualmente clara la diferencia entre hoy y ayer, aun cuando habríamos deseado para esta Conferencia una participación femenina todavía mayor. El creciente número de teólogas en todas las iglesias hará posible alcanzar el objetivo de una verdadera comunidad de mujeres y hombres también en el quehacer teológico de Fe y Constitución. Y esta comunidad enriquecedora que Dios nos da dejará su impronta en esta Conferencia.

El diálogo teológico en Montreal se adelantó al pensamiento ecuménico en las iglesias y a sus relaciones recíprocas. Se discutió sobre la cuestión de la intercomunió que es hoy una realidad entre muchas iglesias miembros del CMI y, sin embargo, lograr una realización más amplia debe seguir siendo uno de los objetivos primordiales de nuestra labor. Las importantes aclaraciones para la comprensión de la Sagrada Escritura, la Tradición y las tradiciones en Montreal no fueron adoptadas nunca por las iglesias, por lo que reaparecieron en el programa de Fe y Constitución de los años ochenta a la vez que las respuestas al documento de Lima *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*.

Sin embargo, hubo una esfera en la que las iglesias se adelantaron a los debates de 1963 en Montreal: las más de 40 negociaciones para la unión entre iglesias de diversas confesiones en todas las partes del mundo. Estimuladas por la constitución de la Iglesia de la India del Sur en 1947, y seguramente también por la importancia que se dio al objetivo de la unidad orgánica o unión en los textos de Fe y Constitución (p. ej. Edimburgo 1937), esas negociaciones para la unión supusieron en aquel momento una forma importante del quehacer ecuménico. Ya en los años anteriores a Montreal, uno de los problemas más difíciles era la cuestión del ministerio ecle-

siástico y en especial del ministerio episcopal en la sucesión apostólica. Pero esta cuestión no volvió a aparecer en nuestro orden del día hasta Montreal.

Mucho más podría decirse sobre la diferencia entre Montreal y Santiago de Compostela, sobre todo en lo que respecta a los profundos cambios de la situación ecuménica y en particular de la historia mundial, a los que nos hemos referido en la presentación del documento de estudio para esta Conferencia. Pero no hay que olvidar que la continuidad en nuestro trabajo también ha contribuido a que nos reunamos en esta Conferencia en un contexto ecuménico muy distinto.

MONTREAL-SANTIAGO DE COMPOSTELA: CONTINUIDAD

Una cosa está clara desde el comienzo del Movimiento de Fe y Constitución en 1910: que este movimiento —y desde 1948, la Comisión— se ocupan de la unidad de la Iglesia. Pero ¿de qué unidad estamos hablando? Una primera respuesta fue que no se trataba solamente de una unidad interior, espiritual, invisible, sino de una manifestación exterior y visible de esa unidad que ya se nos otorgó en Jesucristo. El proceso de reflexión sobre las condiciones y formas de expresión de tal unidad visible empezó ya en las Conferencias Mundiales de 1927 en Lausana y de 1937 en Edimburgo, y condujo a la Declaración sobre la Unidad de la Iglesia preparada por Fe y Constitución y aprobada por la Asamblea del CMI en Nueva Delhi en 1961, que tanta importancia iba a tener para el Movimiento ecuménico en general. Fe y Constitución preparó también el camino para insistir en una forma universal y conciliar de la unidad cristiana en la Asamblea del CMI de 1968 en Upsala. Una consulta de 1973 sobre «Concepciones de la unidad y modelos de unificación» desarrolló el concepto de comunidad conciliar de iglesias, que se incluyó después en el Informe de la Sección II de la Asamblea del CMI de 1975 en Nairobi. En 1978, la Comisión destacó en Bangalora tres requisitos para la unidad visible:

1. Comprensión común de la fe apostólica
2. Pleno reconocimiento recíproco del bautismo, la Eucaristía y el ministerio

3. Acuerdo sobre formas comunes de enseñanza y adopción de decisiones.

En 1990, la Comisión preparó una nueva declaración sobre el objetivo la unidad visible de la Iglesia, que fue revisada y aprobada por la Asamblea del CMI de 1991 en Camberra. En ese momento la ambigua noción de «unidad», a la que la más reciente evolución en el orden sociopolítico ha dado un contenido parcialmente negativo, se substituye por la de «koinonía». La koinonía es, más claramente que la unidad, un elemento integrante del amplio contexto de la obra salvífica de Dios para toda la humanidad y toda la creación, contexto al que la Iglesia debe servir como signo e instrumento. Esta visión de la unidad de la Iglesia como koinonía es el tema central, del comienzo y el final de los debates que celebramos en esta Conferencia.

Los tres temas: bautismo, Eucaristía y ministerio, figuran también en el programa de Fe y Constitución desde 1910. Pero fue en el período entre Montreal y Santiago de Compostela cuando se intensificó el debate sobre estos temas y se hizo más amplio con la participación de teólogos católicos. Los diversos estudios condujeron en 1974 al llamado documento de Accra, revisado a la luz de numerosas observaciones. Este trabajo llegó a su fase decisiva con la aprobación del documento sobre «Bautismo, Eucaristía y Ministerio» (BEM) en Lima en 1982. Nunca había sido objeto un documento ecuménico de tan amplia distribución, ni había suscitado tantos debates y reacciones de las iglesias. Las opiniones son unánimes al considerar que el diálogo teológico ecuménico ha dado aquí un gran paso. Los debates sobre el documento BEM continúan: el CMI acaba de publicar la 26ª edición de su versión inglesa. El texto ha contribuido a enriquecer y renovar en muchas iglesias el pensamiento teológico, el culto y la práctica. El documento BEM ha llegado a ser un texto ecuménico de referencia, consultado en conversaciones y negociaciones bilaterales entre iglesias. El texto sigue teniendo efectividad. No obstante, con él no se han allanado todas las profundas diferencias en esos tres temas, más concretamente en la cuestión del ministerio en la sucesión apostólica. La ordenación de mujeres para el ministerio eclesiástico se trata insuficientemente en el BEM desde los puntos de vista teológico y ecuménico, y la discusión sobre la comunidad eucarística o la intercomuni6n no ha sido estudiada desde 1971 en Fe y

Constitución. Por eso deben continuar las conversaciones sobre los temas de Lima, con más motivo en esta Conferencia.

Una continuidad desde Montreal se observa también en el compromiso de Fe y Constitución de informar regularmente (desde 1954) sobre la evolución en las Iglesias unidas y en vías de unión. Estas iglesias y negociaciones para la unión son importantes laboratorios y formas de expresión de los esfuerzos ecuménicos. Pero no cuentan con ninguna organización ecuménica mundial. Por ello nos hemos encargado de organizar regularmente desde 1967 consultas internacionales para las Iglesias unidas y en vías de unión. Esto les permite intercambiar sus experiencias y reflexionar juntas sobre su contribución específica al debate ecuménico. La sexta consulta está prevista para 1994.

En 1965, poco después de Montreal, se constituyó el Grupo Mixto de Trabajo de la Iglesia Católica y el Consejo Mundial de Iglesias. Con él, Fe y Constitución mantiene vínculos especiales, no sólo porque la Comisión es el único órgano del CMI en el que la Iglesia Católica está representada oficialmente, sino porque también tuvimos participación en algunos estudios encargados por el Grupo Mixto: «Catolicidad y apostolicidad» (1970), «Hacia una expresión común de la fe» (1980), «La noción de "jerarquía de verdades"» y «Iglesia como comunión local y universal» (1990); y finalmente un cuaderno con interpretaciones ecuménicas de la Declaración de Camberra de 1991 sobre la unidad, que ponemos aquí a disposición de Ustedes.

La continuidad se manifiesta también en la conciencia de que la oración común por la unidad de los cristianos y la reflexión sobre el significado ecuménico del culto y de la espiritualidad son fundamentales en todo esfuerzo ecuménico. Esta idea no sólo se refleja en muchos textos de Fe y Constitución. Desde 1966 adoptó también una forma concreta, por cuanto cada año en una consulta común con el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos se elabora y se pone a disposición de las iglesias el material para la Semana de oración por la unidad de los cristianos. Debería reanudarse la reflexión sobre el culto realizada entre Lund 1952 y Upsala 1968, en una consulta sobre «El culto en una época secular» (1968), y vincularse con el documento de Lima. Participamos en los preparativos del libro de cánticos ecuménicos *Cantate Domino* (1974) y junto con la Sección de Renovación y Vida de Congregación, en la compilación de los dos ciclos

ecuménicos de oración *Para todo el pueblo de Dios* (1978) y *With all God's People* (1989). Aunque preparada sólo como orden del culto de clausura en Lima en 1982, la llamada Liturgia de Lima encontró una difusión sorprendentemente amplia en las reuniones ecuménicas, como en Vancouver en 1983 y en Camberra en 1991. Esto se explica por el entendimiento de que la oración y el culto en común no son meras condiciones del esfuerzo ecuménico, sino la expresión y celebración de la comunión/koinonía ya alcanzada en el camino hacia la plena comunión.

La continuidad implica también desarrollo, cambio y nuevas interpretaciones. Sólo así es posible la verdadera continuidad en la Iglesia y también en nuestro trabajo.

MONTREAL-SANTIAGO DE COMPOSTELA: NUEVAS ORIENTACIONES

Entre Montreal y Santiago de Compostela se adoptaron nuevas medidas abordando antiguas cuestiones de manera nueva y y reaccionando a las nuevas ideas y situaciones.

En el contexto teológico e histórico de Montreal y sobre todo de Upsala 1968 se insistió nuevamente en la forma del designio y de la acción de Dios en la historia universal. Por consiguiente, las ponencias de Upsala versaron sobre los trabajos en torno a la unidad de la Iglesia en el contexto más amplio de la renovación y la unidad de la humanidad. Éste fue el punto de partida para un estudio muy discutido de Fe y Constitución sobre relación «Unidad de la Iglesia y unidad de la humanidad», que empezó en 1969. Era una nueva forma de relacionar la cuestión de la unidad de la Iglesia con la unidad del género humano, con la creación y la historia, incluyendo consideraciones eclesiológicas como el concepto de la Iglesia como «señal». Pero también se discutió la interrelación entre la unidad de la Iglesia y la lucha por la justicia, el encuentro con otras religiones, la lucha contra el racismo, el lugar de los discapacitados en la Iglesia y en la sociedad y las diferentes culturas, y parte de estas diversas cuestiones se siguieron tratando en consultas específicas. Diferencias de opinión en la Comisión impidieron la elaboración de un amplio informe final. Una breve declaración resumió en 1974 algunas ideas importantes de este estudio.

El tema, empero, de la Iglesia y la humanidad se incluyó de nuevo en el programa de Fe y Constitución, en 1982, esta vez en forma de un estudio sobre «La unidad de la Iglesia y la renovación de la comunidad humana». El principal objetivo del estudio era investigar la interrelación entre la preocupación por la unidad de la Iglesia y el servicio para la renovación de la comunidad humana en una amplia perspectiva eclesiológica, examinando sus consecuencias en términos concretos en las dos esferas de la lucha por la justicia y de la comunidad de mujeres y hombres en la Iglesia y en la sociedad. El documento final de esta fase del estudio titulado *Church and World* (Ginebra 1991) está disponible en alemán, francés e inglés y pronto lo estará en español y portugués. Pretende ayudar a las iglesias a reflexionar juntas sobre el nexo teológico fundamental entre sus diversos esfuerzos ecuménicos. Por ello es uno de los textos preparatorios importantes de esta Conferencia.

La razón de que la cuestión de la comunidad de mujeres y hombres se incluyera en el estudio sobre unidad y renovación (con tres consultas internacionales) fue la continuación de otra nueva orientación de nuestra labor desde Montreal. De 1974 a 1981 a pesar —o quizá precisamente a causa— de las tres mujeres en Montreal, Fe y Constitución colaboró con la Sección de la Mujer en la Iglesia y en la Sociedad del CMI en la realización de un estudio sobre «La comunidad de mujeres y hombres en la Iglesia». Importantes consultas, por ejemplo sobre «La ordenación de mujeres en perspectiva ecuménica» o «Hacia una teología de la integridad humana», formaron parte también de esta investigación en la que participaron grupos de estudio locales, 150 de los cuales enviaron informes a Ginebra. Con la gran consulta de 1981 en Sheffield llegó a su término este estudio, pero el tema tratado sigue presente en el orden del día ecuménico y en el programa de Fe y Constitución. También aquí se trata de *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio.

Otra orientación que apareció después de Montreal consistió en que Fe y Constitución no se ocupase tan sólo de las cuestiones que tradicionalmente separan a las iglesias y de la forma de superarlos, sino de la tarea de manifestar y reconocer juntos nuevamente las convicciones fundamentales de la fe cristiana. Sin una comunidad en la confesión y la vida de la fe única, todos nuestros esfuerzos ecuménicos carecerían de

fundamento. En 1971, tras dos proyectos iniciales sobre «Creación, nueva creación y la unidad de la Iglesia» y «Dios en la naturaleza y en la historia», comenzó un estudio sobre «Dar razón de la esperanza que hay en nosotros». Se asoció aquí por primera vez un deliberado enfoque contextual con el método más tradicional de Fe y Constitución. Este estudio condujo en 1978 a la declaración de aceptación general «Una afirmación común de la esperanza».

La Asamblea del CMI, reunida en Nairobi en 1975, pidió a las Iglesias que recibieran, readaptaran y confesaran juntas (Sección II, parág. 19) la verdad y la fe cristianas recibidas de los Apóstoles. Los trabajos previos sobre una proclamación común de nuestra fe (1978), la confesión de la fe común (1980), la fórmula *filioque* en el Credo de Nicea (1978 y 1979) y sobre el significado ecuménico de esa confesión de fe (1981) hicieron que la reunión de Lima, en 1982, iniciara un nuevo estudio titulado «Hacia una expresión común de la fe apostólica en el mundo de hoy». Su resultado es una explicación ecuménica del Credo niceno-constantinopolitano (381) *Confessing the One Faith* (Ginebra 1991). El libro está disponible hasta ahora en alemán, francés, inglés, italiano, portugués y sueco, y pronto lo estará en español* y noruego. El estudio pretende ayudar a las Iglesias a tomar conciencia nuevamente de la fe apostólica común, y reconocerla en la fe y la vida de los otros, y, sobre esta base más profunda confesarla juntos en el mundo de hoy. Esta tarea seguirá ocupando nuestra atención en esta Conferencia. Y, a propósito, espero además que se cumpla mi deseo de muchos años, de publicar una breve versión, para que la utilicen las comunidades locales, de los problemas y las ideas que se derivan de estos estudios.

Entre las nuevas actividades emprendidas en el período comprendido entre Montreal y Santiago de Compostela, figuran (y me limito a enumerarlas):

– los estudios sobre la autoridad y la interpretación de la Biblia y la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento que desarrollaron las aclaraciones fundamentales de Montreal sobre Escritura y Tradición (1964-1980);

* En español: *Confesar la fe común* [Bibliotheca Oecumenica Salmanticensis, n. 21] (Salamanca 1994).

- un trabajo muy apreciado sobre la importancia de los concilios de la Iglesia primitiva para el Movimiento ecuménico y para la comprensión de la conciliaridad (1964-1974);

- un trabajo relacionado con estos dos ámbitos sobre la autoridad en la Iglesia (1974-1977), que vuelve a aparecer en nuestro programa;

- estudios sobre «Espíritu, estructura y organización» (1964-1971) e «Iglesia y Estado» (1976), que lamentablemente no se continuaron.

Por último, el diálogo ecuménico se amplió considerablemente después de Montreal, mediante una serie de diálogos bilaterales internacionales, en número siempre creciente, iniciados entre la Iglesia Católica y las Comuniones Cristianas Mundiales, así como entre estas últimas. Hasta ahora han trabajado 48 comisiones de diálogo. Entre 1964 y 1971 Fe y Constitución organizó cuatro consultas entre las Iglesias ortodoxas y las Iglesias orientales ortodoxas no calcedonenses como preparación para su diálogo oficial (desde 1985). Los temas y los objetivos de los diálogos bilaterales corresponden en gran parte a los de los diálogos multilaterales en Fe y Constitución. Para promover la relación entre ambas formas de diálogo ecuménico en el sentido de la complementariedad, hemos organizado —entre otras cosas— desde 1978 cinco reuniones del Foro sobre diálogos bilaterales por mandato de las Comuniones Cristianas Mundiales. El sexto Foro tendrá lugar en 1994. Los informes de los diálogos bilaterales y de los diálogos multilaterales de los últimos 20 años muestran que se ha establecido entre ambos una estimulante relación de intercambio.

EPILOGO

En el período considerado, el trabajo ha sido intensivo y fructífero. El pequeño número de colaboradores y los limitados medios financieros han impuesto límites más de una vez. Ciertos trabajos no pudieron continuarse. En el contexto histórico de las divisiones de la cristiandad, que se exportaron a todo el mundo, los temas y los métodos de la historia de las Iglesias y de la teología europeas y norteamericanas han determinado fuertemente nuestro trabajo. Esto es comprensible,

pero no debe impedirnos dar una cabida mucho mayor en nuestro trabajo, a las cuestiones teológicas y las maneras de pensar de las iglesias de otras partes del mundo. Agradecemos el apoyo y la colaboración de los órganos directivos y de nuestros colegas del CMI. Damos las gracias a las iglesias que de múltiples maneras han colaborado en nuestros estudios y han aportado los necesarios medios financieros.

Fe y Constitución ha contribuido decisivamente a la evolución en las relaciones y las formas de pensar y de actuar en la comunidad ecuménica. Pero todavía queda mucho por hacer. Ante Dios y ante nuestro atribulado mundo estamos obligados a ser una comunidad fidedigna en la fe, la vida y el testimonio para gloria de Dios y para que florezcan la reconciliación, la esperanza y la verdadera vida allí donde hoy los seres humanos son perseguidos, humillados y privados del sentido de su vida. En el clamor de los seres humanos Dios también juzga nuestra incapacidad de ser mensajeros de la reconciliación y de la vida. Si queremos que se haga realidad una koinonía reconciliada y reconciliadora, necesitaremos en permanencia la contribución de este singular instrumento teológico mundial que, en forma de Movimiento y Comisión de Fe y Constitución, ha llegado a formar parte de la historia de la Iglesia en este siglo.

Leí mi informe a Dios y Dios me dijo: «Tu informe es algo árido, como muchos otros. Pero no importa, pues tu hermana Mary Tanner dará un toque de vida con el suyo». «Y, a propósito —añadió Dios—, te olvidaste de mencionar el estudio sobre «La Iglesia y el pueblo judío» (1967), y me complace veros abordar de nuevo ese importante tema. Podrías haber dicho también que desde Montreal habéis publicado 120 documentos y organizado 148 reuniones y consultas». Yo respondí: «¡Es que tenía tan poco tiempo!». Y Dios sentenció: «Yo tengo tiempo; pero vosotros tenéis que aprovecharlo».

GÜNTHER GASSMANN

Pastor Luterano y Director de la Secretaría
de la Comisión de Fe y Constitución
en Ginebra de 1984 a 1993.